

Memoria viva, memoria que se hace en medio del conflicto.

Laura Isabel Ramírez Rivillas¹

Resumen

Esta propuesta corresponde a una lectura de la fotografía como memoria social y viva, que obedece a la visión de una comunicadora social que ha vivido de cerca las secuelas de la guerra colombiana y ha conocido un poco las fotografías -de uso social y de justicia- de la dictadura argentina.

La intencionalidad con que son publicadas las fotografías de memoria del conflicto armado colombiano, pero sobretodo la lectura de las mismas que hace cada persona desde su contexto, son las principales motivaciones para tener un acercamiento a la investigación consolidada por el Centro Nacional de Memoria Histórica en el libro ‘¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad’, que más allá de las palabras, historias y cifras, enlaza una narración a partir de las fotografías, no del combate bélico sino de las víctimas de la sociedad civil.

Finalmente, queda pensarse la intencionalidad con qué son publicadas las fotos de “dolor”, de “victoria” o “guerra” desde el contexto y subjetividad de cada fotógrafo, medio de comunicación, partido político o demás; pero más allá, la posición que tomamos como receptores de esas publicaciones, y la implicancia emocional y lectura crítica que hacemos como personas: que vivieron la violencia, la escucharon, tiene raíces o simplemente la cuentan para no repetirla.

¹ Comunicadora Social – Periodista de la Universidad de Antioquia (Colombia). Experiencia con medios de comunicación comunitarios, el diario peruano LaMula.pe, comunidades mineras en el Sur de Bolívar y la Fundación de Cooperativas del Oriente Antioqueño -con especial acercamiento a las víctimas del conflicto armado.

Memoria viva, memoria que se hace en medio del conflicto.

“... uno tiene que cuestionar la foto como calco de una realidad y “duplicadora del mundo” y en su lugar pensar que la foto, misteriosa sin duda, no muestra un objeto, una persona, sino su huella, su índice”.

Armando Silva

La Real Academia Española define la palabra memoria (RAE, 2015) como un “recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado”, y aunque en este caso se observa y hace una lectura de los hechos ocurridos hace algunos años, aún en el presente tienen vigencia, a tal punto, que aún se viven, pero desde otras perspectivas; y hablo tanto del conflicto armado colombiano, como de las secuelas de la dictadura argentina de los 80s. Ambos contextos enmarcados por intereses políticos, que han constituido como efecto factores de identificación en la historia que lleva la población a cuevas, que sobreviven en los discursos sociales y en los movimientos culturales contemporáneos.

En este caso la lectura de la fotografía como memoria social y viva obedece a una visión de alguien que ha vivido de cerca las secuelas de la guerra –en el oriente del departamento de Antioquia en Colombia-, pero también de una comunicadora social, enfocada en la comunicación para el desarrollo y la cultura.

La intencionalidad con que son publicadas las fotografías de memoria del conflicto armado colombiano, pero sobretodo la lectura que hace cada persona de las mismas, son las principales motivaciones para tener un acercamiento a la investigación consolidada por el Centro Nacional de Memoria Histórica en el libro ‘¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad’ (Sánchez et al., 2013), donde a partir de cifras, historias de víctimas y fotografías se le propone a los lectores reflexionar sobre un conflicto que aún no termina, pero que tuvo un período más álgido en el pasado.

¿Cuál es la intencionalidad –social- con que son publicadas las fotografías de las dictaduras o de las guerras, las recopilaciones, secuencias o investigaciones de las mismas, y qué implicaciones tienen en las personas que hoy habitan las calles argentinas o colombianas, esas mismas que por años fueron veedoras de desapariciones y asesinatos?

Así mismo, qué implicaciones tienen estas publicaciones y fotografías en los colombianos, quienes hoy miran a sus familiares, cercanos a sí mismos o los de lejos con el dolor de la muerte, la desaparición, el secuestro, el desplazamiento y el reclutamiento.

El libro, ‘¡Basta ya!’, deja plasmado en su título la intencionalidad de la recopilación, que además contextualmente se publica en un momento en el que aún se vive la guerra -aunque menos aguda-, y en que se está haciendo el reconocimiento de la misma y sus implicaciones.

La intención, según los investigadores de esta publicación, de las revistas, el documental ‘No hubo tiempo para la tristeza’ y demás, es “ser elemento de reflexión para un debate social y político abierto”, con interrogantes como: ¿Qué ha ocurrido en Colombia durante la

violencia? ¿Quiénes han elegido sin límite el poder de las armas? Y ¿De qué forma la violencia ha transformado nuestros campos, nuestros paraísos en escenarios de terror? (Sánchez et al., 2013).

“Memoria viva, memoria que se hace en medio del conflicto”

Andrés Medina, Trabajador Social - Comuna 13 de Medellín

Contexto del conflicto armado colombiano:

Este conflicto colombiano que ha tenido diferentes actores armados –guerrillas, paramilitares y Estado- quienes a la vez en el tiempo han cambiado de “identidades, estrategias y motivaciones” (Sánchez et al., 2013), lleva más de 60 años, y ha dejado cerca de 220 mil muertos, 25 mil desaparecidos, 5 millones 700 mil desplazados, 27 mil secuestrados, 10 mil víctimas de minas antipersonal, 1892 masacres, 95 atentados con bombas y más de 6 mil niños reclutados -al menos en las cifras registradas a nivel oficial- (Sánchez et al., 2013).

El conflicto armado en Colombia tuvo sus inicios en las discusiones y opresiones entre los dos partidos políticos de la época, el liberal y el conservador, quienes querían el poder a toda costa; a esta época se le llamo la Violencia –con mayúscula inicial-, y produjo la creación y organización de grupos que peleaban por su participación política. Así mismo las zonas rurales, ya abandonadas y reprimidas a nivel político y económico, también se organizaron, y se le dio inicio a los grupos guerrilleros -quienes al principio no se denominaron así, ni necesariamente son los actuales-.

“Como en derecho las cosas se deshacen como se hacen, pienso que en las mesas de diálogo el gobierno colombiano ha de reconocer que el conflicto que vivimos lo inició el Estado colombiano en 1946, al haber desatado en aquel preciso momento el genocidio premeditado, sistemático y generalizado a las huestes Gaitanistas [liberales], que avanzaban victoriosas hacia la conquista del poder bajo el liderazgo de mi padre Jorge Eliécer Gaitán” (Las2orillas, 2014).

Gloria Gaitán

Después de todo esto el conflicto mutó de razones, argumentos y metodologías de actuar -la tierra, la economía, la política, el poder, las armas- acomodándose además por los años 70 al panorama internacional, que sitúa las dictaduras en países como Chile y Argentina, quebrantando aún más los reclamos de democracia y derecho a la oposición.

Las represiones por parte del Estado a militantes de ideologías políticas contrarias a las oficialistas, el poder y la justicia en manos de los militares, las armas, la política y la economía fueron los motivos para una guerra que vivió tanto Argentina como Colombia, y que aunque la “conclusión” de la misma haya tomado rumbos distintos, dejaron secuelas muy similares.

Sin embargo, el papel de los fotógrafos tuvo quizás más protagonismo –aunque hubiera sido posterior- en el cono sur, que en Colombia; en este último no son muchos los reconocidos por haber fotografiado la guerra, más allá de las publicaciones de los medios

de comunicación, pero este factor puede aún obedecer al miedo que hasta hoy se mantiene, de ser blanco de los diferentes actores armados, de represiones por publicar imágenes que pudieran culpabilizar a alguno de los bandos, esto con la intención de invisibilizar la participación y el accionar delictivo en medio del conflicto.

Después, a los dos actores armados: el Estado y las guerrillas, se le unieron los narcotraficantes, y finalmente los grupos paramilitares, que pasaron por ser tropas legales. Estos últimos, según las cifras, fueron los que más tortura cometieron en el país contra la población civil, “del total de 588 eventos con episodios de sevicia y crueldad extrema, 371 (63%) fueron atribuidos a los grupos paramilitares” (Sánchez et al., 2013: 55); varios de los casos investigados fueron alianzas con el Ejército Nacional, con el objetivo de ocupar terrenos donde comandaban y estaban asentados los guerrilleros.

El periodo entre 1996 y más o menos el 2005 fue la época que mayor número de muertes, masacres, desplazamientos y demás actos terroristas, registró el país; el conflicto se descentralizó de las zonas rurales, haciéndose visible en las ciudades principales, como Bogotá, ratificando su existencia y su vigencia.

Como respuesta social e ideológica, se conformaron guerrillas, como las Farc y el ELN, tercerizando el conflicto con el Estado y sosteniendo la disputa por amnistías e impunidad; algunos delitos ya han sido judicializados por entes internacionales o nacionales. Y actualmente el conflicto no ha terminado, sin embargo, se ha desmasificado, ha perdido fuerza y los “enemigos” se han duplicado.

Desde el 2012 se están realizando los Diálogos de Paz entre el Gobierno y las Farc, en La Habana, buscando acuerdos agrarios, de participación en política y reconocimiento de víctimas y narcotráfico, para terminar con un mecanismo de refrendación, y la firma del fin del conflicto –entre estos dos actores-.

Es en este contexto en el que se enmarcan algunas fotografías del libro ¡Basta ya!, pensadas para contar y registrar la historia; éstas, por un lado han sido tomadas de archivos personales y mediáticos que guardan la información puntual del año y el acontecimiento, y por otro lado, sitúan la lectura cotidiana de un país, abarcando tanto la postura de quienes vivían el conflicto y los que no, y de quienes consentían o no la veracidad del discurso.

Quedan dos caminos, o bien pensar que las fotografías acompañan la historia o que son la historia, como dice Susan Sontag: “el verdadero primitivismo moderno no es contemplar la imagen como algo real; las imágenes fotográficas apenas son tan reales. Más bien la realidad se ha asemejado cada vez más a lo que muestran las cámaras. Es común ya que la gente insista en que su vivencia de un hecho violento en el cual se vio involucrada -un accidente de aviación, un tiroteo, un ataque terrorista- «parecía una película». Esto se dice

para dar a entender hasta qué punto fue real, porque otras explicaciones parecen insuficientes” (Sontag, 2006: 226).

**

Quince campesinos liberales hombres y mujeres fueron exhibidos en línea como trofeos de guerra y retratados por el conocido fotógrafo Luis Gaitán, como testimonio de las crueldades cometidas por la violencia oficial.

Fotografía: Archivo Revista Semana, Colombia



** Todas las fotografías y pies de fotos han sido tomadas del y dignidad. Se respetan sus derechos de autor y el de los fotó

Aunque en el pie de foto de esta imagen, ubicada en el libro para recrear la época de Violencia bipartidista entre 1958 y 1982, no dice la fecha; existen dos motivos para considerarla de los años en los que la sitúan, el primero es ser un archivo de una revista y el segundo es la calidad de la foto, que se percibe pixelada y borrosa, sin poderse reconocer así los rostros, tan solo los muertos en primer plano, un hombre armado que los mira, y unos hombres al fondo caminando de espaldas a los muertos; además, la vegetación sitúa un contexto rural. Ya para esta época el fotógrafo o el medio de comunicación se estaban interrogando y pensando sobre cómo mostrar el conflicto, “fotografiar es conferir importancia. Quizás no haya tema que no pueda ser embellecido; es más no hay modo de suprimir la tendencia intrínseca de toda fotografía a dar valor a sus temas” (Sontag, 2006: 49).



Titular de prensa: El año de la tortura. 1979.
Fotografía: Revista Alternativa, número 244

Esta imagen de prensa, y lo que dice en ella, evidencia que cuando países del cono sur como Chile y Argentina, habían o estaban viviendo una dictadura, en Colombia también se estaba en el mismo conflicto.

En Argentina se quería imponer la derecha, mientras que en Colombia ese mismo partido que era el oficialista no quería permitir que el liberalismo –izquierda- llegara con sus ideologías a la presidencia; sin embargo, la dictadura argentina tuvo una duración más corta –no por eso menos cruel- en la que los militares unidos a algunas clases sociales reprimían los partidarios de izquierda. En Colombia el conflicto, que comenzó también con represión política, fue mutando según la época y el ámbito social: política, militancia, economía, tierra, entre otros.

La dictadura argentina también acudió a metodologías de secuestro, de desaparición, de asesinato (Espaciomemoria, 2015), y tuvo un factor más, los centros clandestinos de detención, donde se practicaron actos que violaban los derechos humanos, y donde se tomaron varias fotografías que se suponía no podían ser filtradas a la luz pública, pues habían sido tomadas para usos internos: carnés falsos, registro de secuestrados.

Fotógrafo y fotos en el libro

El libro que tiene 434 hojas, agrupa 147 fotografías e imágenes, en gran parte tomadas por Jesús Abad Colorado, quien fue desplazado por el conflicto armado colombiano de su tierra natal San Carlos, municipio del Oriente Antioqueño; y quien además es considerado uno de los fotógrafos que más ha retratado la violencia del país, porque muestra las víctimas, no del combate bélico, sino de la sociedad civil, y los efectos de la guerra en ellos.

Imágenes publicadas en su mayoría a blanco y negro, unificando las tonalidades de la imagen en solo dos tonos con la intención de neutralizar o disminuir el impacto de las emociones en los receptores de las fotografías.

Giséle Freund en el libro ‘La fotografía como documento social’, plantea que “la palabra escrita es abstracta, pero la imagen es el reflejo concreto del mundo donde cada uno vive” (Freund, 2014: 96), en ese sentido, mostrar la guerra, su historia y secuelas a través de fotografías, es una forma de materializar una realidad que no solo sitúa un contexto social sino que también exige una apropiación de la historia, de “su huella, su índice” (Silva, 1998: 28).

La investigación reseña un largo proceso de análisis y de cifras, las fotografías por sí solas cuentan también una historia, por lo general, desde la posición del observado, el victimizado por la mirada del otro, en este caso, de un lente. “La nueva idea de Lorant tiende a estimular reportajes, es decir, a que se cuente una historia mediante una sucesión de imágenes” (Freund, 2014: 106).

De acuerdo al tipo de investigación y de las características de la misma, se podría pensar que una publicación como el libro ¡Basta ya! que se realiza en medio de los diálogos de paz y de un país a medio armar, más que mostrar una historia, busca su apropiación en la mayor parte de la población y no sólo en las comunidades directamente afectadas –en su mayoría del campo, negras o indígenas-.

“Le dije desde entonces a mi familia -y a la que era mi novia -que es hoy mi esposa-, que me iba a encaminar en el periodismo por el ejercicio de la imagen, para aprender a escribir la historia del país desde la fotografía”.

Jesús Abad Colorado

Freund hace un listado de muchos de los fotógrafos –Robert Capa, Henri Cartier – Bresson, entre otros- que no hicieron de la fotografía “solamente una manera de ganar dinero. Querían expresar, a través de la imagen, sus propios sentimientos y sus ideas sobre los problemas de su época” (Freund, 2014: 142).

Fotografías acompañadas de testimonios

“Íbamos por la mitad del río, íbamos bogando con las manos y unos pedazos de palo, y recuerdo que apenas veíamos que cruzaban las balas por encima de nosotros, y nosotros les gritábamos: “¡Ay, de por Dios! Nosotros somos civiles, tengan compasión...!” Y yo recuerdo que del lado de allá nos gritó uno: “¡Qué civiles, sino paracos es que serán!” ¡Imagínese dudando de uno en medio de toda la balacera y de todo el sufrimiento...! Y ahí íbamos cuando tiraron la pipeta –cilindro de gas-, ¡uy!, y yo no sé si cayó en la iglesia o ahí cerca, ¡pero de allá era que salía el humo! Y ahí yo dije: “Acabaron con mi pueblo... Ay mamá, acabaron con el pueblo...”” (Sánchez et al., 2013: 90)



Murieron 79 personas en la iglesia de Bojayá, en medio de combates entre la guerrilla de las Farc y los paramilitares de las AUC, cuando un cilindro bomba cayó dentro del templo. Fotografía: Jesús Abad Colorado. ©Mayo 2002

En la foto se percibe en primer plano el Cristo desmembrado –o roto- tal vez con un enfoque desde la religión, diciendo “hasta en la iglesia pasa esto” o ejemplificando que todo lo que estaba adentro, hasta el Cristo quedó roto. En el resto del cuadro se ven tablas, sillas desbaratadas, un templo sin techo y sin puerta, evidenciando que todo quedó así; pero además si se acerca la imagen o se mira detalladamente, también se pueden percibir prendas de vestir, es decir, que también habían personas víctimas del atentado.

Por su parte, el testimonio –que complementa la fotografía o viceversa- muy descriptivo, y con las palabras y el léxico de los pobladores, deja ver la barbarie de los actores armados, y la manera en que la población se relaciona con ellos; las palabras ubican un contexto rural o de comunidad alejada de otros lugares por las dificultades de transporte, pues iban en una canoa por el río y remando con palos.

Aquí también se le hace una lectura a la Iglesia que ha sido factor importante en el conflicto, como “mediadores y protectores”, en un país que según las cifras hasta el 2010, el 82,3% de la población era católica (Semana, 2013).

Esta sutileza, al no mostrar los cadáveres en la fotografía, puede responder o bien al tiempo en que el fotógrafo pudo ingresar a la comunidad –algunos días después- o bien a la ética y respeto por las víctimas y la población. Tomando así la fotografía tal vez para mantenerla en la memoria, y en este caso, la publicación acompañándola del testimonio para darle poder de recuerdo, pues dice Raymond Bellour que “el recuerdo es irrelevante, nada tiene de verdaderamente presente. No es más que la descomposición del pasado. La foto, por naturaleza, es esa descomposición: atenta contra el olvido de donde surge la revelación de la memoria involuntaria. Solo ésta, nacida de casualidad, de la disponibilidad, metamorfosea el pasado en presente y los hace encontrarse en la escritura, que tendrá como meta basar ese logro en la duración” (Bellour, 2009: 70).

Los testimonios como imagen

Los imaginarios siempre remiten a imágenes, y es por eso que los testimonios descriptivos que aparecen en la investigación también remiten a imágenes, a fotografías o representaciones que se construyen al leer. Ahora bien, la imagen que cada uno se hace, al igual que la lectura de las fotografías están atravesadas por la subjetividad, la propia historia, “les dejo el trabajo de imaginar la mirada que ellos podrían echar en esta obra...” (Miller, 2007: 19).

“A la salida de La Hormiga encontramos siete cuerpos. Todos eran hombres jóvenes. Estaban solo con ropa interior. Eso era muy doloroso porque los paramilitares habían dejado un círculo con los cuerpos en la mitad de la calle. Las cabezas de los muertos estaban hacia adentro del círculo. Todos tenían un disparo en la frente”. (Sánchez et al., 2013: 335)

En el testimonio hay palabras claves que permiten hacerse una imagen: quiénes eran, qué edad tenían, cómo estaban vestidos, en qué forma exhibieron sus cuerpos y como los habían matado; cada persona puede acceder a su propia representación de la escena, que sin lugar a dudas va a producir una imagen, quizás tan explícita como la misma fotografía... una manera de leer lo que sucedía en el conflicto.

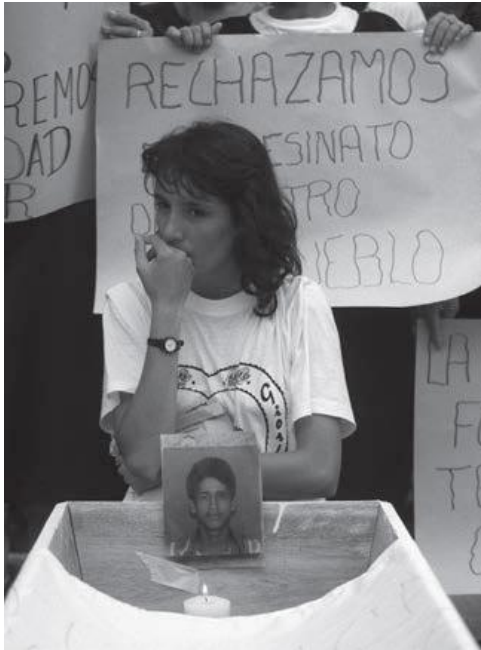
El fotoperiodismo ha estado acompañado tanto de la foto como del texto para contar las historias “informativas”, “aunque a menudo de una manera diferente de la que interesa aquí: más bien supeditando la fotografía –precisamente, en su calidad de *ilustración*- al texto de la noticia, su núcleo principal” (Fortuny, 2014: 116).

Fotografías en las fotografías

¿Para qué son usadas las fotos en medio del conflicto? Pues bien, en algunos casos en el libro hay fotos de los familiares de las víctimas teniendo en sus manos a sus familiares desaparecidos o asesinados, estas fotografías, por lo general son las tipo documento o las de eventos familiares.

Son utilizadas para buscar los desaparecidos, reclamar por los asesinados, protestar o para recordar. Afirma Armando Silva que el álbum familiar tiene cuatro aspectos que son: un sujeto –la familia-, un objeto que equivale a la fotografía, el modo de archivar que es el álbum, y finalmente la historia que se cuenta, “esta vocación narrativa del álbum de fotos familiares nos orienta a enfrentar este tesoro visual también como hecho literario, pues algo

diferente va de guardar y clasificar fotos para reconocer a alguien en cuanto a marca [...]” (Silva, 1998: 19).



8 personas fueron asesinadas y 25 las desaparecidas por paramilitares en el puerto petrolero de Barrancabermeja. Fotografía: Jesús Abad Colorado © mayo de 1998.

En este caso la fotografía de un hombre joven, tipo documento, es usada por una mujer -que podría ser la esposa- con una vela como símbolo de homenaje, pero a la vez con carteles en la parte de atrás como señal de protesta, por bien sea el asesinato o la desaparición de quién aparece en la fotografía. El rostro de la mujer está con semblante de tristeza o de pensamiento, y su camisa es blanca, que siempre ha sido el color de la simbología de “la paz”.

Es importante en este punto exponer que en una gran mayoría son los hombres los que son reclutados, desaparecidos, secuestrados o asesinados, por el rol que cumplen o cumplían en la comunidad, un rol político, de fuerza, de poder, dejando así una población en su mayoría femenina, que se organiza para reclamar por su condición de víctimas. Igual que se enmarca en la dictadura Argentina, por ejemplo, el grupo de las madres de Plaza de Mayo, en Colombia las mujeres también se formaron así; la organización Amor – Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño- se juntó con el fin de reclamar, buscar fuentes de ingreso económico, hacer memoria, y exigir su derecho de igualdad y equidad de género.



Una luz en la oscuridad. Pruebas de supervivencia de los soldados y policías en poder de las FARC. Febrero de 1997. Fotografía: Gerardo Chávez. El Tiempo.

Esta manera de utilizar la fotografía puede ser sensacionalista –como tendencia a producir sensaciones en los receptores, emociones o impresiones (Rae, 2015)- y produce en los

familiares de las víctimas emociones como: felicidad, esperanza, tristeza y rabia. En la fotografía se observa que todas las fotos que tienen los familiares en las manos poseen el mismo formato, con el borde blanco que hace referencia a lo instantáneo –inmediato y presente-; además se ve que todos están parados o sentados, en planos generales o de busto con fondos verdes, en la mayoría, de la selva.

Son fotografías que fueron tomadas en cautiverio y enviadas a los familiares como prueba de supervivencia –para pedir dinero a cambio de su liberación o para presionar al político de turno- . Los secuestrados se veían más delgados, de botas y uniformes militares – soldados-, en algunas ocasiones encadenados o detrás de cercas, generando más que una esperanza de vida, rabia e indignación, por el mal trato.

Finalmente la reunión de los familiares enseñando estas fotografías y “posando” para un fotógrafo más, parece una señal de protesta y reclamo, que le exige al gobierno y a los guerrilleros la libertad de los secuestrados.



Fosa donde fueron hallados los restos de Bianca, después de una búsqueda implacable, en el municipio de Granada, Meta. Fotografía: José Luis Rodríguez © 2007.

Una fotografía organizada para ser tomada así. La foto documento en un primer plano que atrae la atención, no solo por estar ubicada en uno de los puntos específicos de la ley de tercios sino porque es lo único que tiene un color más atrayente, pero al lado, muy cerca, el cráneo aún medio enterrado, el resto de la imagen en color marrón y con los restos alrededor.

La foto documento puede ser la que la familia cargaba en su billetera para recordarla o para buscarla, y el cráneo aún medio enterrado, la simbolización de una desaparición y tortura que pudo tardar mucho tiempo para ser resuelta.

La intención del fotógrafo podría ser, decir que la guerra no tuvo límite en edades, ni distinción de ninguna característica; siendo además una foto que por la ratificación de la muerte y la búsqueda de la fosa contiene dolor. Pero además podría transmitir la noticia, de que este caso de desaparición fue resuelto tras una investigación o la confesión de algún miembro de los actores armados.

En cuanto a si estas imágenes son informativas o no, habría varias discusiones de profesionales en el área; puntualizan Salvador Alsius y Francesc Salgado que “en términos generales, son pocos los profesionales que consideran que deben publicarse este tipo de imágenes [muertos] bajo el argumento de que el público tiene derecho a recibir toda la información. Los casos en los que los profesionales [...] se muestran más contrarios a publicar este tipo de imágenes son los casos de suicidios de personas no públicas, seguidos por los de violencia contra las mujeres y los accidentes de carretera; siendo más permisivos o menos radicales cuando se trata de imágenes de atentados terroristas y de imágenes de guerra” (Alsius, et al., 2010: 248).

Las víctimas como víctimas

La publicación del ‘Basta Ya’ desde un principio enmarca su investigación en las víctimas, quienes son efecto de las diferentes actuaciones de la guerra; y además, a partir del reconocimiento de las mismas -que dio inicio con la Ley de víctimas firmada en 2011 (Ley de víctimas, 2011)- se acepta la existencia de un conflicto armado entre diferentes actores, que incluyen al Estado colombiano.



Familias desplazadas por la violencia del EPL y los Paramilitares, del Resguardo El Volao, en Urabá, alojadas en el Resguardo de San Andrés de Sotavento, entre Cordoba y Sucre. Fotografía: Jesús Abad Colorado © 1995

Un niño, aparentemente como referencia de inocencia y vulnerabilidad, con rostro de tristeza y las manos de una mujer sosteniéndolo, tranquilizándolo, o tal vez protegiéndolo. El epígrafe de la fotografía dice que es un niño desplazado por la violencia, es decir que es víctima, y en la toma, por sus gestos ratifica tal calificación.

La misma mirada a través del lente da cuenta de la subjetividad del fotógrafo al elegir el cuadro, de la forma como él ve esa persona que se posiciona o que él mismo enmarca frente a su cámara: víctima, inocencia, niñez, vulnerabilidad. No hay que dejar a un lado la posición del fotógrafo frente a la violencia, pues como se dijo anteriormente, él y su familia también fueron víctimas del desplazamiento forzado.



Cerca de 4.150 personas fueron censadas en el corregimiento de Pavarandó - Mutatá tras su desplazamiento por combates entre la guerrilla de las FARC y el Ejército en operación génesis. Fotografía: Jesús Abad Colorado © mayo de 1997

El desplazamiento masivo de una comunidad, resguardada en algún pueblo cercano, bajo un árbol a la espera de un “¿Qué hacer?”. Con este tipo de violencia viene el desarraigo, la pérdida de identidad de una población que tenía una cotidianidad y una forma de vida en un territorio determinado.

Los muertos

Esta es una de las “intencionalidades” informativas más cuestionadas en el periodismo, pues entra a discutir con la ética -tema subjetivo- del periodista, el medio dónde es publicado y el tratamiento de la información que se quiere transmitir.

Por mucho tiempo los periodistas y teóricos de la comunicación le han dado significado a términos como sensacionalismo o amarillismo acordes a las sensaciones o emociones que se pueden o quieren producir en los receptores, y la intención que tiene cada publicación al elegir una temática, un término o una fotografía.

El periodista colombiano, Javier Darío Restrepo, en el libro ‘El zumbido y el moscardón’, define el sensacionalismo como “una deformación interesada de una noticia, implica manipulación y engaño, y por tanto, burla la buena fe del público” (Restrepo, 2004: 51).

Pues bien, tanto con la publicación de estas imágenes en la consolidación del ‘Basta Ya’, como con la intención del fotógrafo al elegir tomarlas, se podría encaminar otra discusión de este tipo.



En medio de la disputa territorial entre actores armados ilegales y legales en Urabá fueron asesinados decenas de campesinos y obreros bananeros. Fotografía: Jesús Abad Colorado © septiembre de 1995.

Todas las fotografías de muertos en el libro están publicadas a blanco y negro, lo que podría ser indicio de prevención de sensaciones “escalofrantes”, como las que se pueden ver o sentir cuando hay sangre en la escena. Esta fotografía es muy particular, pues hay un

muerto tirado en un camino rural –al parecer, porque no está pavimentado y por el tipo de carros que lo transitan- y sería un campesino, según el pie de foto. El fotógrafo está mirando la escena desde un lado en el que solo mira él, porque las demás personas le están dando la espalda al cadáver, lo que podría indicar un signo de cotidianidad.

Ninguna persona está auxiliando el muerto, pero al parecer tampoco están caminando de manera acelerada, lo que indicaría miedo o intimidación. La lectura del fotógrafo en este momento pareciese mostrar la indiferencia hacia lo que podría ser “un muerto más”, y la morbosidad al estarlo mirando, entendida como interés hacia situaciones inusuales.



Ocho personas, entre adultos y menores de edad, fueron asesinados por miembros de la Brigada 17 del Ejército y paramilitares del bloque Héroes de Tolová en San José de Apartadó el 21 de febrero de 2005. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©

Varios muertos, también en zona rural, los hombres del fondo se tapan la nariz lo que quiere decir que ya los cadáveres desprenden un mal olor. De nuevo el fotógrafo está parado a un lado externo de la escena, no está haciendo parte de la comunidad, sino de un tercer ojo.



Luis Eduardo Salazar fue asesinado por los paramilitares, en el municipio de San Carlos, junto a 12 personas más, entre ellos varios líderes del pueblo que fueron decapitados y arrojados a las aguas del río. Fotografía: Jesús Abad Colorado © octubre 1998.

Otro muerto, esta vez siendo arreglado por un niño, quien al parecer lo viste sin complicaciones, el fondo no hace referencia a una morgue, sino por el contrario a un patio o jardín, una señora al lado derecho, casi saliendo del cuadro, no se le puede distinguir bien qué tipo de emoción tiene. De nuevo los niños en medio de la violencia, niños como víctimas que deben ejercer roles no acordes a su edad.

“Para ver la vida, para ver el mundo, ser testigo de los grandes acontecimientos, observar los rostros de los pobres y los gestos de los orgullosos; ver cosas extrañas: máquinas,

ejércitos, multitudes, sombras en la jungla y en la luna; ver cosa lejanas a miles de kilómetros, cosas ocultas detrás de las paredes y en las habitaciones, cosas que llegarán a ser peligrosas, mujeres, amadas por los hombres, y muchos niños; ver y tener el placer de ver, ver y asombrarse, ver y enterarse". (Freund, 2014: 127 y 128)

Primer número de la revista Life

Fotos para hacer memoria

Ahora bien, la memoria. Las fotografías retratan un momento, una escena, un personaje en un contexto y espacio que ya pasó; desde el mismo instante en que se convierte en fotografía deja de ser presente, lo mismo se podría decir de la memoria, en el mismo momento en que es memoria, recuerdo o busca serlo es porque ya sucedió.

Las fotografías son realizadas en el momento en que están sucediendo los conflictos políticos y sociales. La dictadura argentina y sus secuelas fueron fotografiadas en el mismo instante en el que sucedían; y en un tiempo posterior e incluso actual, esas imágenes sirvieron y sirven, no solo como memoria, sino que enmarcan la portada de muchas de las manifestaciones, archivos, juicios y reclamos, cuyos procesos siguen vigentes.

En Colombia funciona igual, las imágenes tomadas en el conflicto están siendo usadas y lo fueron en justicia, reclamos y memoria, pero existe un tópico que convierte esta memoria en memoria viva, pues en este momento, después de más de 60 años, aún continúa el conflicto armado, con casi los mismos actores sociales, y miles de argumentos que mutaron en el tiempo. Por esto, hacer memoria implica para la población: dolor, resignación, indignación, cansancio, miedo, ansiedad, desasosiego, precisamente un reclamo de “¡Basta Ya!”.



Diez meses después de la toma armada de la guerrilla de las FARC que destruyó cerca de 250 viviendas y dejó 5 policías y 18 civiles muertos, la población con apoyo de la gobernación de Antioquia, realizó la marcha del ladrillo para reconstruir su pueblo. Granada, octubre de 2001. Jesús Abad Colorado ©

La fotografía con la que inicia el libro... Las personas que están marchando cargan un adobe como símbolo de edificación, o en este caso reconstrucción física, de comunidad y hasta de tejidos sociales; están haciendo memoria de uno o varios días de masacres, y reclamando la reconstrucción de su pueblo.

La imagen es una manifestación de retorno, después de un desplazamiento masivo, debido a enfrentamientos entre diferentes actores del conflicto, y de masacres a la comunidad, a quienes varias veces se les tildó de ser aliados del enemigo.



Habitantes de Granada y personas de organizaciones no gubernamentales que en diciembre de 2000 marcharon en rechazo a la violencia ejercida por la guerrilla de las FARC en la toma armada ocurrida los días 6 y 7 de diciembre, la cual dejó 22 personas muertas. También marcharon por la incursión paramilitar de las AUC, que un mes antes dejó 19 habitantes asesinados en las calles del pueblo. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©

Toma realizada diez meses antes de la anterior, un pueblo en ruinas, al menos por las calles principales, pocas personas marchando, pues la mayoría se habían desplazado por intimidación, obligación o miedo. Diez meses después la comunidad decide regresar, recordar el día de la toma y protestar por su tierra, por su vivienda.



Salón del Nunca Más, Granada, Antioquia. Fotografía: Jesús Abad Colorado ©, 2008.

Los pobladores de Granada –los mismos de las dos imágenes anteriores- decidieron, más o menos, en el 2004 asociarse para entender las leyes que cobijaban o no cobijaban las víctimas del conflicto armado, y en el 2007 crearon la asociación Asovida con el fin de hacer memoria a las víctimas de su pueblo, de reclamar y “exigir la no repetición” de hechos violentos: “Este es un proyecto contra el olvido, se alza este espacio, para decirle a la sociedad entera, que no es permisible que se repitan estos hechos. Es un reclamo de responsabilidad histórica contra la indiferencia, un espacio afectivo, que se renueva recordando que nuestros seres queridos no son los números fríos en la estadística de las guerras, si no seres humanos que forman parte de nuestra historia” (Asovida, 2009).

Junto con este proceso, fundan el Salón del Nunca Más, un espacio en el que tienen fotografías de los asesinados y desaparecidos, y bitácoras, no solo en honor a los que murieron sino como espacio de refugio a las víctimas, a quienes siguen en la incertidumbre

porque no han podido enterrar los cuerpos de sus familiares, o no han encontrado respuestas de los actores armados que los reconforten y restauren.

Las fotografías se convierten así en una metodología de duelo, reclamo, memoria, honor, dignificación y una manera de decirle a las víctimas que existen muchos más como ellos.

“Los lugares de memoria son también lugares de conciencia. Quien visita un lugar de memoria, no puede irse igual, debe irse con interrogantes”.

Maritze Trigos de la Asociación de Familiares de las Víctimas de los Hechos Violentos de Trujillo (Asovida, 2015)

Primera persona

Recuerdo claramente, viernes 14 de noviembre del año pasado. Iba un poco tarde y olvidé cargar las pilas de la cámara de la fundación con la que estaba trabajando, tuve que ir a buscar a una tienda cercana y explicarle a los muchos policías por qué iba a estacionar ahí, por qué iba a salir, por qué iba a entrar; era el anillo de seguridad del Ministro del Interior, Juan Fernando Cristo, quien iba a hacer parte del foro “Paz Territorial y Reconciliación en el Oriente Antioqueño”.

En este espacio iban a estar cerca de cien o más víctimas de la región, algunas organizaciones no gubernamentales, el Ministro y el excombatiente del ELN, Francisco Galán. El ELN operó por muchos años en la región y junto con los demás actores armados causaron dolor en las personas presentes en el auditorio.

Habían nervios en el ambiente, se notaba la tensión y ansiedad, se esperaba el momento preciso en el que llegaran quienes darían sus discursos e iniciarían la tarde del foro. En la mesa principal, como el protocolo presidencial lo dicta, no pudo estar sentado “Pacho” Galán, y tal vez por el mismo protocolo fue el último en hablar.

Había llegado acompañado de una joven y un pequeño niño, a quien presentaba con una gran sonrisa como su nieto, algunos me decían que no era así que había acogido a la joven como su hija pero no era de sangre. Llevaba un portador de vino en madera y una botella adentro que tuvo todo el tiempo a la mano.

Estaba nerviosa por el acontecimiento, pero además porque aunque tenía las pilas nuevas, la cámara había recibido un golpe en la pantalla, y apenas cuando la prendí pude percibirlo –sé que debí haber revisado mi equipo antes de llegar al auditorio-.

Cuando llegó el turno del excombatiente en el micrófono, fue inevitable no estremecerse y ver algunas lágrimas en los asistentes, comenzó su saludo y antes de su intervención, que estaba enfocada en propuestas para la paz en el marco de los diálogos de La Habana, pidió perdón al Ministro Cristo porque siendo parte del grupo guerrillero, en 1997 el ELN asesinó al Senador Jorge Cristo Sahium, su padre. Ofreció la botella de vino añeja como símbolo de perdón y reconciliación, se acercó al Ministro y tras un rápido apretón de manos regresó al atril para continuar con el discurso, en el que extendió su perdón también a las víctimas presentes.

La emoción del momento y las problemáticas de la cámara me impidieron realizar una buena toma del acontecimiento. Pero, ¿cuáles eran esas buenas tomas?, mi interés no estaba centrado en captar las lágrimas, tal vez ni un abrazo ni el apretón de manos, quería que el lente de mi celular –plan b- captara las emociones que estaba sintiendo en ese momento, que quien viera la imagen se estremeciera tal cual como yo estaba.

Logré sacar imágenes de la mesa principal, de “Pacho” Galán en el micrófono y de la botella de vino, pero en el momento preciso, en el que quise transmitir las emociones, solo logré presenciarlas; después comprendí que mis fotografías, las no tomadas que buscaban capturar la conmoción, hubiesen obedecido a mi subjetividad y lectura de esa “realidad” – como mis palabras-.

Para concluir

Estos actos y términos que están siendo usados en La Habana: restitución, perdón, reconocimiento, verdad, justicia y fin del conflicto, permiten ratificar que esta memoria está viva, sigue siendo realizada en medio del conflicto como señal de protesta por la impunidad y el *no* fin de la violencia; y que quizás, algunas fotografías, historias y cifras sigan siendo escondidas por temor a perder la vida.

Queda pensarse la intencionalidad con que son publicadas las fotos de “dolor”, de “victoria” o “guerra” desde el punto de vista y contexto de cada fotógrafo, medio de comunicación, partido político o demás; pero más allá, la posición que se asume como receptor de esas publicaciones, y la implicancia emocional y lectura crítica que se hace como personas: que vivieron la violencia, la escucharon, tiene raíces o simplemente la cuentan para no repetirla.

Como dice Armando Silva en la “foto siempre estamos abiertos a la creación de nuevos puntos de vista por su misma colocación en tiempos y lugares distintos, por los sujetos eventuales que la observarán y por el saber que aporta cada observador [...]” (Silva, 1998: 26).

Bibliografía

Alsius, Salvador y Salgado, Francesc 2014 (2010). La ética informativa vista por los ciudadanos. (Barcelona: Editorial UOC)

Bellour, Raymond 2009 (2002). Entre imágenes. (Buenos Aires: Ediciones Colihue)

Fortuny, Natalia 2014 (2014). Memorias fotográficas. Imagen y dictadura en la fotografía argentina contemporánea. (Buenos Aires: La Luminosa)

Freund, Gisèle 2014 (1993). La fotografía como documento social. (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, SA.)

Miller, Jacques-Alain 2007 (2007). La Angustia Lacaniana. (Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF)

Ministerio del Interior y de Justicia, República de Colombia 2011 (2011). Ley de víctimas y restitución de tierras. (Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia)

Restrepo, Javier Darío 2004 (2004). El zumbido y el moscardón. (México: Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano FNPI)

Sánchez, Gonzalo, et al. 2013 (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. (Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica)

Sánchez, Gonzalo, et al. 2013 (2013). Documental: ‘No hubo tiempo para la tristeza’. (Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica)

Silva, Armando 1998 (1998). Álbum de familia. La imagen de nosotros mismos. (Bogotá: Editorial Norma)

Sontag, Susan 2006 (2006). Sobre la fotografía. (México, D.F.: Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V.)

Cibergrafía

2orillas (2014). “La violencia no empezó con la muerte de mi padre”. *Las 2 Orillas*. 29 de agosto del 2014. [Fecha de consulta: 23 de julio de 2015]. Disponible en:

<http://www.las2orillas.co/la-carta-de-la-hija-de-jorge-eliecer-gaitan/>

Asovida. Lugares de memoria y de conciencia. *Salón del Nunca Más. Memoria Viva*.

[Fecha de consulta: 20 de julio de 2015]. Disponible en:

<http://www.salondelnuncamas.org/index.php/memoria-viva/item/161-la-experiencia-reparadora-de-la-cultura>

Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). Lanzamiento del Informe ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. *Centro Nacional de Memoria Histórica*. [Fecha de consulta: 9 de junio de 2015]. Disponible en:

<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>

Espacio Memoria (2015). El Plan Sistemático de representación ilegal. *Espacio Memoria y Derechos Humanos*. . [Fecha de consulta: 15 de julio de 2015]. Disponible en:

<http://www.espaciomemoria.ar/dictadura.php>

Real Academia Española. Diccionario de la lengua española, definición de memoria y sensacionalismo. *Rae.es*. [Fecha de consulta: 9 de junio de 2015]. Disponible en:

<http://lema.rae.es/drae/?val=memoria>, <http://lema.rae.es/drae/?val=sensacionalismo>

Semana Mundo (2013). Colombia, el sexto país con más católicos. *Semana*. 14 de febrero del 2013. [Fecha de consulta: 23 de julio de 2015]. Disponible en:

<http://www.semana.com/mundo/articulo/colombia-sexto-pais-mas-catolicos/333397-3>

